

Hallarás el hilo que lentamente se ha tramado

Martin De Mauro Rucovsky¹  0000-0001-9423-9474

¹Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades María Saleme de Burnichon, CONICET, Córdoba Capital, Argentina. 5000



Resumen: En este trabajo se analiza cómo el acontecimiento del sismo del año 1985 en México habilitó parcialmente un proceso de construcción colectiva que se vincula a la forma de organización gremial de las obreras de la industrial textil y maquilas. Proponemos inscribir en esta genealogía la causa de las costureras, pero desde el prisma de la figura-sintagma de precariedad feminizada. En ese punto de clivaje, que es el terremoto como acontecimiento e inflexión de los procesos de neoliberalización de la vida, queremos hacer foco en dos aspectos coincidentes. El terremoto es un episodio que visibilizó las condiciones de explotación de las trabajadoras y su rol en la reproducción de valor. Y en segunda instancia, podemos vislumbrar un análisis sobre la politicidad de los afectos anclados en la resignación, la pasividad anímica y el temor, pero también se vuelve expansivo hacia la ira, la rabia y el dolor.

Palabras clave: precariedad feminizada; costureras mexicanas; economía feminista; feminismos mexicanos; politicización afectiva.

You will find the thread that has slowly been woven

Abstract: This paper analyzes how the 1985 earthquake in Mexico paradoxically enabled a process of collective construction that is linked to the form of union organization of the workers of the textile industry and maquilas. We propose to inscribe in this genealogy the cause of the seamstresses but from the prism of the figure-syntagma of feminized precariousness. At this cleavage point, which is the earthquake as an event and inflection of the neoliberalization processes of life, we want to focus on two coincident aspects. The earthquake is an episode that made visible the conditions of exploitation of women workers and their role in the reproduction of value. And secondly, we can glimpse an analysis of the political nature of affects anchored in resignation, psychic passivity and fear, but it also becomes expansive towards anger, rage and pain.

Keywords: Feminized precariousness; Mexican seamstresses; Feminist economics; Mexican feminism; Affective politicization.

Você encontrará o fio que lentamente foi tecido

Resumo: Este artigo analisa como o terremoto de 1985 no México parcialmente possibilitou um processo de construção coletiva que está vinculado à forma de organização sindical dos trabalhadores da indústria têxtil e das maquiladoras. Propusemos inscrever nesta genealogia a causa das costureiras, mas sob o prisma da figura-sintagma da precariedade feminizada. Neste ponto de clivagem, que é o terremoto como evento e inflexão dos processos de neoliberalização da vida, queremos focar em dois aspectos coincidentes. O terremoto tornou visíveis as condições de exploração das mulheres trabalhadoras e seu papel na reprodução de valor. Em segundo lugar, podemos vislumbrar uma análise da natureza política dos afetos ancorados na resignação, na passividade psíquica e no medo, mas que também se expande para a raiva, a raiva e a dor.

Palavras-chave: precariedade feminizada; costureiras mexicanas; economia feminista; feminismos mexicanos; politicização afetiva.

Las heridas ocultas de la precariedad

En tanto trabajo de reconstrucción y de arqueología cultural, las ficciones y materiales seleccionados son cajas de resonancias de los procesos de neoliberalización de lo social en cuyo centro adquiere importancia un saber del cuerpo que atiende a la certeza de la fragilidad y la vulnerabilidad compartida (espacio del entre, *intermezzo*). Y al centro de estos, en ese punto de clivaje que es el terremoto del año 1985 como acontecimiento y catástrofe que marca la historia nacional de México, queremos hacer foco en dos aspectos coincidentes. Se trata de un nivel articulado que se compone por estratificación, a la vez molares y moleculares. El terremoto es un episodio tan dramático como trágico que visibilizó las condiciones de explotación de las trabajadoras informales del sector textil. A partir de esto, nos propusimos inscribir en esta genealogía la causa de las costureras, su organización en sindicato y los modos de politizar la precariedad compartida, pero desde el prisma de la figura-síntagma de la *precariedad feminizada*.¹ Esta consideración es, a su vez, un ejercicio de memoria feminista (*herstory*) que vincula los legados y herencias históricas en relación no solo a la experiencia de apoyo efectivo que organizaciones feministas dieron a las costureras (como el “Seminario marxista-leninista feminista de lesbianas”); esta consideración permite también destacar la importancia del *diferencial de explotación* (Verónica GAGO, 2019, p.125) como tarea de la economía feminista respecto de la actividad laboral de las costureras, es decir, la doble condición de trabajadoras como obreras en la industria y en el trabajo de cuidados en cuanto amas de casa.²

Esta figura, *precariedad feminizada*, es, entonces, una figuración conceptual que vamos a considerar en la causa de las costureras y la consiguiente organización sindical alrededor del terremoto de 1985—que trabajan en conjunto creando una caja de resonancia donde retumban diversos autores que murmuran en lo siguiente. Esta serie se refiere a la causa de las costureras que consideramos a partir de las crónicas de Carlos Monsivais (“No sin nosotros”, *Los días del terremoto 1985-2005*, publicado originalmente en 1986) y el documental *No les pedimos un viaje a la luna* (1985) de la directora María del Carmen de Lara. Estas obras reflexionan sobre la particular situación de las costureras doblemente tachadas como trabajadoras (del cuidado en el orden doméstico e industriales textiles en el orden público de la fábrica). De nuevo, si atendemos a la argumentación, la serie implica la categoría de trabajo y el estatuto de trabajador. Aquí se plantea el tema de cómo el capitalismo neoliberal se relaciona con lo que en términos tradicionales se puede llamar trabajo, y que sin embargo toma cada vez más la forma de una cooperación social compleja y altamente heterogénea. Aquí se juega también una concepción sobre el trabajo, sobre quiénes producen valor, cuáles son las jerarquías cristalizadas alrededor de lo que entendemos por trabajo, qué tiempos son reconocidos como tiempos laborales y cuáles son los tiempos improductivos, no productivos o de ocio y sobre qué modos de vida merecen ser asistidos, cuidados y rentados.

Se trata de un conjunto de materiales que funcionan a modo de escenas, entradas posibles, que forman un recorrido y al mismo tiempo una constelación de materiales culturales que arman una serie. ¿Qué ocurre cuando es el terremoto (un acontecimiento tecnonatural) el que marca el pulso de un ordenamiento de lo temporal, nuevas maneras de organizar el tiempo a partir de la fragilidad y la vulnerabilidad corporal? (Dipesh CHAKRABARTY, 2009, p.54)³ ¿Qué

¹ Por figura-síntagma entendemos el punto de coincidencia conceptual y de condensación de una diáada de componentes, entre los estudios de precariedad y la epistemología feminista que presentan un solapamiento parcial o un umbral de indiscernibilidad que permiten escuchar variaciones nuevas, resonancias desconocidas y porque efectúa reparticiones insólitas. Aún cuando los componentes siguen siendo distintos e incluso pertenecen a tradiciones disímiles, algo pasa de uno a otro, algo indecidible se produce entre ambos y eso define, precisamente, la consistencia interna de sus componentes por zonas de proximidad e imbricación mutua. Respecto a la figurología esta es irreducible a tipos psicosociales y a un campo social determinado porque manifiesta, más bien, características diagramáticas e intensivas de los territorios situados, movimientos de afectación concretos, velocidades de des-re-territorialización o planos de composición singulares.

² El origen de la palabra *herstory* remite a una identificación de los feminismos (de la llamada segunda ola y fue acuñado en 1970 por Robin Morgan en su antología *Sisterhood is Powerful* (1970) como parte del significado del acrónimo del colectivo W.I.T.C.H. La referencia indica la persecución de posiciones feminizadas y la caza de brujas entre los siglos XIII y XVII. Asimismo, en cuanto método de historiografía feminista, el término se refiere “no sólo a la historia de los grandes movimientos sino también los pequeños, mínimos, personales, irrelevantes (desde una perspectiva historicista), los relatos orales y secretos: cualquier elemento del pasado puede ser un antecedente inspirador. Un chisme, un linaje, un objeto, un recuerdo vago, una imagen, una canción, un detalle” (LAGUNA, Fernanda; PALMEIRO, Cecilia. “Apuntes para una memoria feminista: hacia una literatura del nosotras”. Cuadernos del CILHA, n.1, vol.22, 2021, p. 6).

³ Así como el desastre natural es indisociable de los modos de gestión y administración política del mismo. Algo insiste en el mismo como acontecimiento tecnonatural, un espacio y un tiempo determinado como acontecimiento, donde la historia natural y la historia humana se imbrican mutuamente —a nivel de las escalas, flujos y velocidades. El tiempo sismológico y la cronología de la historia cultural pierden su paralelismo e independencia, así como la distancia entre los dos recorridos temporales se acorta. Porque pareciera que tal distinción polar —lo natural/lo humano— se funda sobre una concepción humanista que entiende a la naturaleza como poseedora de una temporalidad extensa, tan cíclica como reiterativa, de un lento e intemporal telón de fondo sobre el que se realizan y superponen las acciones humanas. Pero si consideramos a los desastres naturales como acciones históricas y si

dinámicas y qué lazos se están conformando en el subsuelo de esta época, de este *sensorium neoliberal* (Diego SZTULWARK, 2019) en relación a los procesos de precarización?

Las costureras y el terremoto entre el tiempo lineal de la historia y el tiempo cíclico de lo doméstico, las historias aparecen siempre como si fueran un registro temporal de coexistencias, un tiempo de la precariedad, el tiempo de la vulnerabilidad, la exposición y la fragilidad corporal que se infiltra entre las nociones moleculares (amplias, heroicas, masculinas) y molares (subjetividades, fragmentos, historias).

Escenas, un recorrido y una constelación de materiales culturales. Estos forman un punto anterior, un antecedente que es un signo de los procesos y las líneas de fuerza que están actuando contemporáneamente sobre el campo de lo social, esto es, los procesos de neoliberalización de México hacia comienzos de los años ochenta (específicamente, el terremoto del año 1985) hasta llegar a la modernización acelerada que comienza en 1994 con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), el inesperado alzamiento zapatista, el asesinato del candidato presidencial Luis Donald Colosio y la severa crisis económica. Ese giro traza una parábola distintiva. Esta es la formulación inicial del neoliberalismo mexicano (Rafael LEMUS, 2021, p.17) en su etapa de hegemonía, los años ochenta, años de formación, consolidación y expansión de la razón neoliberal en todos los órdenes de la vida nacional.⁴

Desde esta conjectura partimos, la *precariedad feminizada* que refiere a existencias económicamente superfluas (los sobrantes, inútiles e inservibles), de empleos improductivos y trabajos basura más cercanos al universo de las “vidas sin salario” (Michael DENNING, 2011), tan anónimas como imperceptibles. Y esa marcación supone una potencialidad en relación a la condición femenina y generizada en yuxtaposición a la condición de trabajadoras. Por esto mismo, la dimensión de los géneros y sexualidades revela usos específicos del dinero, una relación de elasticidad con las finanzas y la economía ligada al modo en el que la reproducción de la vida depende, en la mayoría de los hogares, de los cuerpos feminizados y sus tácticas de gestión cotidiana, como así también de la capitalización.

Debemos notar, asimismo, que el sintagma *precariedad feminizada* se entrelaza directamente con un análisis crítico que no debe ser leído sólo en términos de feminización del trabajo (aunque también da cuenta de eso) sino también de una capacidad de redefinir la producción de valor desde las esferas de la reproducción de la vida (feminización de la economía). Lo que se permite entrever es una pregunta que reverbera: ¿cuáles son y cuáles han sido los cuerpos que históricamente y políticamente han estado más expuestos a la precariedad —*precarity* (Judith BUTLER, 2009)? Pues bien, son las trabajadoras precarizadas sin salario ni protección alguna, son las costureras y son las trabajadoras doblemente impagadas. La *precariedad feminizada* apunta, entonces, a las marcaciones y gramáticas culturales del universo del trabajo, el trabajo femenino precarizado (el trabajo feminizado no paga, no considerado como tal, el trabajo no remunerado). Son esas configuraciones las que, a pesar de no estar lo suficientemente tematizadas en la obra de Judith Butler, adquieren una renovada importancia en el presente latinoamericano (Martín DE MAURO RUCOVSKY, 2022).

Y, en consecuencia, estos materiales, con estéticas, registros y estilísticas disímiles entre sí, logran registrar un estado de sensibilidad o un *sensorium neoliberal* (SZTULWARK, 2019), un conjunto de fuerzas en movimiento, eventos, flujos y procesos en curso a través de procedimientos formales no representativos ni costumbristas, pero que tampoco recurren a una mirada objetivista o documental. La reflexión sobre la conformación de un *sensorium neoliberal* parte, según apunta Diego Sztulwark, a partir de las postrimerías de la experiencia de la crisis (Argentina del año 2001) en términos de “la instauración de unas micropolíticas neoliberales omnipresentes en el campo de la subjetividad, es decir, en lo erótico, lo sensual y lo sensible”. Y más específicamente, se trata de “una acción micropolítica casi imperceptible: el desvío, lo centrífugo que se engendra también a nivel infinitesimal, sobre un suelo barroso y difuso” (SZTULWARK, 2019, p. 22 y 28).

los acontecimientos de la naturaleza son indisociables del impacto e interpretación de las acciones humanas e incluso si estos, los animales-humanos, son agentes geológicos y entidades biológicas, por lo tanto, el ejercicio de comprensión histórica y de genealogía cultural se torna un campo de lecturas cruzadas.

⁴ Neoliberalismo se conjuga sobre una teoría económica (fundada sobre el axioma del mercado y la esfera financiera como sistema de regulación social, producción y distribución más eficiente), un conjunto de políticas económicas concretas (la desregulación del mercado laboral, la privatización de empresas estatales y la reducción del gasto público) y la implementación de máquinas de guerra (experiencia situada de las dictaduras militares en América Latina, el terrorismo de Estado y su escalabilidad en genocidios). Sin embargo, por mecánica neoliberal se indica también la capacidad de permeabilidad de la esfera financiera, la lógica empresarial y el principio de competencia económica sobre todos y cada uno de los aspectos de la vida social, ambiental y cultural. En este sentido, el neoliberalismo es un vector de composición por solapamiento de planos, desde arriba (un plano aéreo que incluyen la política macroeconómica y la geopolítica) y desde abajo, una zona terrestre o de inmanentización de la trascendencia que conjuga la micropolítica, la afectación/afección de los cuerpos sociales, una racionalidad de gobierno (gubernamentalidad), el arte de conducir las conductas de los gobernados, una modulación de la subjetividad de los individuos y en cuanto tecnología biopolítica concreta (BABB, Sarah. Los economistas del nacionalismo al neoliberalismo. México: FCE, 2003 ; LEMUS, Rafael. Breve historia de nuestro neoliberalismo. Poder y cultura en México. México: Debate, 2021).

Estos materiales parecieran seguirle el pulso a líneas de fuerza, a través de la imaginación cultural que logran reformular figuras y retóricas de mucha densidad simbólica como lo son pueblo/popular, trabajo/trabajador y las narrativas colectivas de desarrollo y progreso aunque también pone en tensión fronteras clásicas entre trabajo feminizado/masculinizado (o en sentido reversible, feminización y masculinización del trabajo), asalariado/no salarial, trabajo productivo/trabajo de cuidados, trabajo formal/informal, movimiento obrero/movimientos sociales o lumpenproletaria/proletaria.

Todas tienen un pedazo de tela que bordar

Los sucesos son descritos al ritmo de la efervescencia. A pocos días del terremoto y su réplica consiguiente (19 y 20 de septiembre), la cronología se torna vertiginosa al ritmo de los sucesos consiguientes. El temblor agudizó la situación de explotación a la que las costureras estaban acostumbradas (Marta LAMAS, 1986), confrontándolas con la actitud inicial de los patrones y propietarios de las fábricas textiles, que comienzan por sacar sus cajas fuertes, máquinas industriales y mercancías, mientras que los cuerpos de las costureras fallecidas permanecen entre los escombros y las ruinas de los edificios. En lo sucesivo, el trabajo de ayuda del gobierno y el auxilio de rescatistas llega dos semanas después.

Las cifras producidas por el sismo son apabullantes en términos humanitarios, y en especial si hacemos foco en un grupo de trabajadoras imperceptibles: más de cuarenta mil costureras desempleadas en un país donde esa actividad representaba la segunda fuente de mano de obra laboral feminizada, ochocientos talleres destruidos y un número no registrado (fehacientemente) de costureras, terminadoras y overlistas muertas. La mayoría de las fábricas afectadas fueron talleres de subcontratistas, maquiladores para grandes firmas, ubicados en el centro de la ciudad. El sobrepeso causado por el hacinamiento de maquinaria y telas, o por la concentración desmedida de talleres fue un elemento que favoreció la tragedia de alrededor de quinientos establecimientos afectados gravemente (LAMAS, 1986).

En este paisaje en ruinas y de devastación territorial, junto a un escenario de crisis, duelo y trauma nacional producto de un desastre tecnonatural, lo que emerge es un proceso organizativo de las precarias que culmina en el reconocimiento gremial de un sector históricamente postergado: las costureras de la industria textil y del vestido. Pero esto no sucede sino a través de un conjunto de alianzas imprevistas, la experiencia de apoyo que distintos grupos feministas (initialmente el mencionado Seminario marxista-leninista feminista de lesbianas, luego el Colectivo Revolución Integral, el Grupo Autónomo de Mujeres Universitarias, las compañeras de la revista *La Guillotina*, las mujeres del PRT, la cooperativa APIS) dieron a las costureras y la incidencia de estas que “permittió una dimensión de análisis distinta” (LAMAS, 1986, p. 5) ligado a la doble condición de trabajadoras y su rol en la reproducción de valor, pero también un análisis sobre la politicidad de los afectos.

En ese contexto, la explotación se reconfigura justamente en paralelo (y casi en lo inmediato) a las formas desposesivas, la tragedia y la vulnerabilidad expuesta, tal como vemos en el documental de María del Carmen, donde muchas costureras denuncian como sus empleadores y dueños de industrias continúan con la actividad productiva aún pasado el terremoto que causara daños estructurales en las mismas instalaciones.

A principios de octubre, se convocan cuatro puntos de organización: una acampada en las inmediaciones próximas a las calles San Antonio Abad, la zona del centro, el campamento de los familiares de las costureras muertas y la fábrica de refrescos Pascual, que se convertirá en un apoyo determinante para las costureras que quieren formar cooperativas (LLAMAS, 1986; Carlos MONSIVAIS, 2005; Elena PONIATOWSKA, 1992). Al tiempo que la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje decreta el embargo precautorio de la maquinaria, acuden grupos feministas y se crea la Brigada de Apoyo a las Costureras del centro que, de uno u otro modo, abogan en favor de un *ethos* de la solidaridad. Durante esas primeras noches, las trabajadoras que se quedan en el campamento se enfrentan a las dificultades propias de las marcaciones feminizadas, la ausencia de sus hogares supone conflictos con padres y maridos, incluso más, se pone en tensión la organización de la vida familiar.

El apoyo se amplía expansivamente, las costureras se agrupan y empieza a fluir la colaboración solidaria de diferentes sectores de la población. En simultáneo al campamento de San Antonio Abad, otro grupo distinto de feministas hacia sus rondas por la zona del centro (Ecuador, Isabel la Católica, Belisario Domínguez, 20 de Noviembre) para detectar más talleres con problemas laborales. Desde inicios de octubre por iniciativa de este grupo de feministas, “algunas cristianas, algunas trotskistas, otras de grupos autónomos, algunas independientes” (LAMAS, 1986, p. 6-7) y otros grupos políticos, estudiantiles, religiosos y un módulo de abogados de la UAM entra en funcionamiento el “Comité Femenino de Solidaridad con las Trabajadoras Damnificadas” y la causa de las costureras adquiere dimensión nacional en la prensa.

La confluencia de las costureras y los distintos grupos feministas se da en un punto de intersección en donde se condensan procesos. La década de los ochenta es un punto de inflexión que vio irrumpir en la esfera pública no solo a nuevos actores sociales (obreros, campesinos, colonos y urbanos), sino que encuentra a las mujeres y feministas de los sectores populares en un ciclo de auge en las luchas y la organización, como lo son la Coordinadora de Grupos Autónomos Feministas (1982), la Red nacional de Mujeres (1983), los Encuentros Nacionales Feministas (1981 y 1984), Madres libertarias (1983), Cuarto Creciente (1985), Mujeres para el diálogo (1979), la Regional de Mujeres de la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular, el colectivo lesbo feminista MULA (1984), la Asamblea de Barrios y la CIDHAL (Comunicación, Intercambio y Desarrollo Humano en América Latina). De allí que la influencia de los feminismos de los años setenta y sus efectos de sentido, y en la medida en que la crisis económica repercutió en la generación de empleos, el poder adquisitivo de los salarios y las condiciones de vida de la población, este feminismo de corte popular se abocó a la politización del papel asignado de las mujeres como garantes y reproductoras de lo social: "la lucha por la luz, el drenaje, el abasto, la guardería, el salario remunerador o asignación de parcela empezaron entonces a aparecer como demandas que conjuntaban sus condiciones de vida y el reconocimiento del lugar que se ocupaba en las relaciones de género" (Esperanza TUÑON, 1997, p.73).

Siguiendo esta línea, el "Comité Femenino de Solidaridad con las Trabajadoras Damnificadas" agrupado alrededor de los acampes y los feminismos de corte popular dieron impulso a la costureras en lucha para pensar en términos de explotación y de dominio a las dinámicas de valorización del capital alrededor de las normas de género, esto es, la capacidad diferencial de los cuerpos feminizados de reproducir valor y reproducir lo social, las formas concretas de subordinación, extracción y sometimiento, aquello que Gago (2019, p.125) apunta como "poder percibir, conceptualizar y medir un *diferencial* en la explotación".

Así, exacerbado en su fugacidad, el "Comité Femenino de Solidaridad con las Trabajadoras Damnificadas" y los grupos de apoyo a las costureras enuncian esa dimensión de sostenimiento mutuo de la vida, una vez más, su carácter precario, expuesto y vulnerable: "¿Cómo se sostiene la vida y con qué grado de sufrimiento, viabilidad y esperanza?" (BUTLER, 2015, p. 15). Son estas alianzas heterogéneas y amplias las que, al modo de una asamblea multitudinaria y de un modo ciertamente episódico, organizan las redes de sustento para sostener esas vidas (cobijo, alimento, abasto, contención afectiva) y reproducir lo social. Son esas redes infraestructurales, como la convocatoria alrededor del Comité, las que sostienen la vida, esas vidas singulares, las vidas feminizadas de las costureras.

Pasado casi un mes del terremoto, el día viernes 18 de octubre las costureras y aliadxs realizan una marcha de protesta que parte desde la Independencia en dirección a la Residencia Presidencial de Los Pinos. En el documental *No les pedimos un viaje a la luna* (1986), de María Carmen de Lara, las vemos marchando con banderas y pasacalles al tiempo que la cámara reproduce la proclama "se ve, se siente, las mujeres están presentes" (Carmen DE LARA, 1986, 14:09'). En lo sucesivo se producen mítines, reuniones y asambleas. Al cabo de una reunión prolongada con ministrxs, abogadxs y burócratas, negociaciones y pujas, el domingo 20 de octubre se da lugar al registro del denominado "Sindicato Nacional de Costureras 19 de Septiembre", que agrupa a ocho mil costureras de más de cuarenta fábricas y con Evangelina Corona como primera secretaria general.

Y se nos quitó las ganas de llorar

El relato de la constitución del Sindicato Nacional de Costureras está marcado por una estética dickensiana que se vincula directamente a los modos tradicionales del universo industrial fordista, las jerarquías y esquemas de la organización laboral masculinistas, las mecánicas de la sujeción tradicional, la verticalidad de lxs empleadorxs y la docilidad estructural de las empleadas e incluso la dependencia sumisión de éstas a las máquinas y herramientas. Pero incluso el registro se amplía bajo esa narrativa porque las condiciones laborales señalan la ausencia de garantías y prestaciones: la producción textil ocurre en talleres clandestinos, con contratos temporales, estacionales y semanales, no se les concede el salario mínimo y la rutina es implacable (coser, cortar, estampar) expresada en una temporalidad opresiva del trabajo en el taller con jornadas de nueve o diez horas diarias.

Las obreras de la confección pertenecen a ese sector imperceptible de un tipo de industria, pequeña o mediana, que es caracterizado como "atrasado" (LAMAS, 1986, p. 4). Así conviven los paisajes fabriles que permiten el esplendor industrial junto con la extrema penuria al borde de la pobreza y la miseria de sus trabajadoras mujeres cis, cuyo origen social se indica son sectores populares y subalternos que viven en lugares apartados y periféricos (ciudad Neza, el estado de Hidalgo, las Aguilillas, Naucalpan). La situación de este grupo recuerda la mecánica de esclavitud tradicional que las ha llevado a soportar abusos económicos e incluso de tipo sexual (MONSISVÁIS, 2005, p. 137), sin derechos de antigüedad, padeciendo un trato insolente

de modo que se les sanciona por retraso o enfermedades con descuentos, no hay vacaciones, el pago por tiempo extra es simbólico y se les despoja de sus mínimas compensaciones como por ejemplo el aguinaldo o las indemnizaciones por despido.

Las costureras son descritas desde la pasividad anímica, al respecto MONSISVÁIS (2005, p. 136) anota que las condiciones anímicas son la resignación y el temor de la mayoría a perder la fuente laboral, aunque también pone especial énfasis en la humillación y la carencia de aspiraciones de este colectivo sujeto al maltrato intensivo y la explotación cruel. En este punto puede leerse como trasfondo previo las relaciones de apego y adherencia afectiva en términos de relaciones de género constrictivas, lo que es decir la sumisión, enamoramiento, costumbre, hostigamiento sexual, extorsión y subyugamiento colaborativo que las costureras mantenían con los patrones.

Sin embargo, esta cantera anímica y afectiva se modifica con el transcurrir de los días, especialmente, a partir del influjo de lxs grupos feministas. El contraste anímico se produce ante la voracidad e indiferencia de algunos patrones que “rescataban la maquinaria antes que los cadáveres de sus compañeras o que se negaban a pagarles los días trabajados, aduciendo bancarrota” (LAMAS, 1986, p.5). La ira, la rabia y el dolor (composiciones de deseo) se transformaron en movilización, denuncia y posteriormente, en agitación política. Esta situación se observa en los primeros testimonios donde la furia, el enojo y la indignación adquieren tonos de politización más intensos: “Ya no creo en nada de eso, de portarme bien para que se me explote”, afirma una testigo el 3 de octubre, a lo que agrega: “nosotras sabemos lo que somos. Somos jodidos y como jodidos vamos a responder. A lo mejor esta palabra suena muy vulgar o que no debe ser en una mujer, pero es lo que somos, *jodidos*” (MONSISVÁIS, 2005, p. 138). El uso de la ira como catalizador anímico de las costureras se vuelve expansivo en un sentido muy preciso. Aunque la ira suele interpretarse como un “mal objeto afectivo que debe censurarse” (Carla KAPLAN; Sarah HALEY; Durban MITRA, 2021, p.789), aquí funciona como una respuesta reactiva a la opresión institucional y la explotación manifiesta de lxs dueños de las fábricas que agrupa y tiende hacia el agenciamiento colectivo. “Están en una actitud...Les voy a pedir un favor, ustedes quédensen para identificar los cadáveres. Cálmense y vamos a trabajar” (DE LARA, 1986, 4:20-4:35’) afirma un señor (no sabemos si es un rescatista o un empleado vinculado a las fábricas) en el video de María del Carmen De Lara. Pues bien, la disputa es social y jurídica en términos de derechos laborales y de reconocimiento social al tiempo que la batalla es afectiva y anímica en términos de politizar las subjetividades. Y esa es, precisamente, la arenga que anuncia Evangelina Corona hacia el final del documental *No le pedimos un viaje a la luna*: “Y así como los edificios han caído, así como nuestras compañeras perecieron, así debe también perecer nuestro miedo, nuestro temor, nuestra humillación” (DE LARA, 1986, 54:44- 54:55’). No hay pacificación ni reconversión de la ira en una pasión política democratizada (encauzar esa energía anímica de la ira que es siempre excesiva, tumultuosa y desbordante) sino un uso revulsivo, “una poderosa fuente de energía anímica”, escribe Audre Lorde (1984, p.127): el uso de la ira es aquí contagiosa, creativa, aglutinante y en este sentido, politiza una colectividad a través del dolor compartido. “Nuestra sumisión quedó entre los escombros” se lee en un cartel desplegado por el sindicato en el zócalo de la plaza de la constitución (DE LARA, 1986, 37:13’). Pero el uso de la ira arroja otros sentidos, de allí la insistencia de un ejercicio de memoria feminista (*herstory*) porque recupera los activismos feministas de entonces en su insistencia por circunscribir otros modos de hacer y construir política (que se vislumbra como una política de la alteración y la mutación pasional). La condición feminizada es aquí un componente distintivo, porque se trata de mujeres cis amas de casa que presentan dificultades ulteriores para la participación política, carecen de tiempos y espacios específicos para reuniones, mítines y asambleas porque, justamente, la tarea de cuidado de sus hijxs, la elaboración de comida y la limpieza de sus hogares son requerimientos y exigencias ya establecidas. Desde el resentimiento, el enojo, la furia y la bronca, las costureras tejen modos de politización anímicos y pasionales que reclaman otras gramáticas afectivas disponibles, pero además ensayan otros tiempos y otros espacios de la política.

Si el desplazamiento anímico supone aquí un corrimiento de la pasividad y la inmovilidad de la humillación, la resignación y el temor, a partir de la catástrofe y la injusticia patente lo que se vislumbra, es también un desplazamiento en los roles de género asignados, “somos jodidos” aunque esa palabra no corresponda o “no debe ser en una mujer” (MONSISVÁIS, 2005, p.138), o no deba ser en una posición generizada como femenina y sus respectivas gramáticas afectivas.

La causa de las costureras y el terremoto en ese paisaje social donde se intuyen modos emergentes de precarización de la vida, lo que funciona es también modos de desacato y desobediencia que supone la relación social capitalista y los mandatos patriarcales arraigados. Sin desautomatizar esa reproducción de la relación de obediencia que hace posible la explotación, no hay terreno de experimentación. Funciona aquí una premisa política y metodológica: asumir la inestabilidad de la reproducción de la relación social de obediencia que supone la relación social capitalista. De tal forma, esta es una cartografía parcial y aproximativa de los modos de cooperación y resistencia que habitan en el interior de los dispositivos de captura, de mando

y de explotación. Como principio de método, hay una apuesta por la desestabilización de las fórmulas variables de la obediencia y que no pasa por un comando centralmente planificado de la oposición y la alternativa.

“Pero al sacar a flote el sismo su *existencia sin derechos*, algo ocurre”, anota MONSISVÁIS en su crónica *Costureras al poder/los patrones a coser* (2005, p.136). *Una existencia sin derechos*, subraya el cronista mexicano, la vida de las costureras es descrita desde esta óptica periodística que ubica su tarea laboral en la tradición cultural de las luchas obreras proletarias. La lucha de las costureras supone el paso de la individualidad “antes, los problemas de cada quien eran de cada quien” (MONSISVÁIS, 2005, p.138), “toda la vida he sido de esas personas que resuelven solas sus problemas, lo que sea que suena. Nunca espero a que alguien me tienda la mano” (PONIATOWSKA, 1992, p.149) hacia la colectivización politizante de una situación común-compartida, “el que venga no se enfrentará a las costureras solas, sino al pueblo” (MONSISVÁIS, 2005, p.138). ¿Es el trabajo, pues, un motivo de empoderamiento y agenciamiento desde la *precarización femenina*? Efectivamente, la colectivización es un mecanismo de politización que atraviesa y produce un sentido de pertenencia comunitario e identificación mutua a través de las experiencias y vivencias del dolor y el duelo (primeramente) y luego, en un sentido que hace causa colectiva y produce subjetividad (seguidamente). Politización que hace foco, con mayor énfasis, en los cuerpos generizados y femeninos (este es el caso del sindicato nacional de costureras, tejedoras y obreras de las maquilas) y las gramáticas afectivas disponibles (resignación, ira, furia).

Nuestras compañeras eran madres de familia

Pero lo que está en juego alrededor de las *existencias sin derechos* y de la causa de las costureras es también la avanzada de la *precariedad feminizada* y las posiciones generizadas en la reestructuración de la desigualdad, la inequidad y la exclusión. De lo que se trata es no tanto de la falta de garantías sindicales y protecciones básicas (derechos laborales y vitales), sino de aquello que previamente se entiende como tarea laboral y de cuidado como actividad registrable como tal. Una economía de mercado que funciona sobre la base de un trabajo no pago, no considerado un empleo, una tarea productiva que carece de consistencia en sí misma.

Las costureras de la industria textil y del vestido son trabajadoras, pero son, simultáneamente, amas de casa y madres de familia.

Si bien el hilar aparece como una acción similar al tejer y a la costura, es otra la genealogía que traza. El tejer (entrelazar hilos) sucede al hilar. El hilar tiene que ver entonces con la materia prima. El tejido dice de la feminidad mientras que el hilado del trabajo. Así lo precisa Mary Luz Estupiñán (2022, p.3): “La secuencia sería: hilar, tejer, bordar. Las tres están vinculadas y suelen usarse incluso como sinónimos. La costura, que también es convocada en esta constelación, aparecerá mucho después. Con los talleres textiles, la figura asociada será la costurera que también aparecerá como personaje de ficción”.

Así lo vemos en una escena peculiar del documental *No les pedimos un viaje a la luna* (1986), que sitúa a una de las costureras (Lupe Conde) en su quehacer doméstico, tejiendo y cocinando, cuidando a su familia y esposo. “En esta casa yo visto, yo calzo, yo doy de comer, yo escuela, yo doy todo” sostiene Lupe (DE LARA, 1986, 31:45-31:50’). Lo que sucede a puerta cerrada en las casas, en los vínculos de parentescos con sus amantes, esposxs, parejas, hijxs y familiares, son esas dinámicas que se asientan sobre una distribución de las tareas, es esa zona tradicionalmente privatizada que se hace en lo íntimo y se hace por voluntad, por afecto y por costumbre. ¿Cómo distinguir entonces, los asuntos personales de los asuntos de trabajo, el trabajo de cuidados y el trabajo familiar del trabajo textil? Justamente, es ahí donde también hay “trabajo y de proporciones nunca justamente ponderadas” (Alejandra EME VÁZQUEZ, 2019, p. 25). La economía heteronormativa despunta en ese escenario, esa biopolítica de los géneros que se asienta en la división sexual del trabajo, en ese escenario que tiene la capacidad de revelar detalles que sin embargo están ahí, indelebles.

El trabajo de las costureras es doblemente imperceptible en una economía política de los géneros, en cuanto trabajadoras de los cuidados, de la tarea doméstica y familiar (*okinomía*) y en cuanto obreras asalariadas en la industria que, hasta la sindicalización y la visibilidad pública luego del sismo, no eran reconocidas como trabajadoras (trabajo casi esclavo propio de un universo patibulario). Es así como las preguntas se vuelven expansivas: ¿Ese trabajo existe y que tanto existe? ¿Es posible reconocer cuándo se está trabajando y cuándo no? ¿Quién funge como sector patronal y quién como sector trabajador en el orden doméstico puertas adentro? ¿Las labores involucradas son ejercidas en base a algún tipo de indicador de productividad? ¿Es posible determinar la calidad del trabajo realizado o el nivel de cumplimiento? ¿Acaso se puede reconocer una comunidad cercana que realizan labores similares? (EME VÁZQUEZ, 2019).

Porque la causa de las costureras implica un doble nudo de legibilidad y reconocimiento social. En primer lugar, como trabajadoras de la industria textil, lo que ocurre a partir del

terremoto del año 1985 es la organización y politización colectiva bajo la forma sindical. El trabajo asalariado y sindicalizado opera como un horizonte desde el cual se proyectan subjetividades menos como materia a transformar (dejar de ser trabajadoras clandestinas o trabajadoras ilegales toleradas para devenir trabajadoras asalariadas) y más como fundamento para la producción de derechos colectivos.

La tarea de las terminadoras, preparadoras, planchadoras, pisadoras y overlistas es, ciertamente, un trabajo a destajo, lo que supone que la paga se realiza por el número de prendas que se realizan y no por la jornada o el presentismo en las fábricas y talleres. Asimismo, el trabajo realizado de las costureras, las mercancías y productos se mueven desde la ilegalidad tolerada o quasi legalidad hacia la venta comercial más visible. Lo que es decir, en el reconocimiento social de las costureras se vislumbra también los circuitos y tráficos de producción del capital y las mercancías: el trabajo clandestino, ilegible y patibulario de las costureras se desliza hacia la venta hiperrepresentada en grandes tiendas de lujo y centros comerciales (Robert's, High Life, Aurrerá, Sears, El Palacio de Hierro, El puerto de Liverpool, París-Londres entre otras). De otro modo, lo que se vislumbra es la invisibilización de las responsabilidades de las grandes marcas en la explotación laboral y las responsabilidades del estado y de las distintas agencias de estatalidad. Así pues, habría que pensar en términos relationales y de copertenencia entre la exclusión y la inclusión (o el trabajo formal-informal, legal e ilegal), de allí que un término es impensable sin el otro. Los tráficos y circuitos desde un territorio hacia el otro son fluidos y móviles, lo que se produce en los talleres (algunos directamente clandestinos e ilegales, otros conservan márgenes de legalidad y de explotación intensivas) se dirige hacia las grandes tiendas y marcas comerciales, hacia la visibilidad y el brillo de las mercancías, hacia el reconocimiento legal y social. Y en sentido inverso, son las tiendas las que sostienen la demanda, las condiciones de compra y otros requerimientos a los talleres y fábricas textiles. En este panorama, en donde las esferas de reconocimiento jurídico y social de los pares (exclusión-inclusión y trabajo formal-informal) se hallan mutuamente imbricadas, se torna expansiva una noción como la de capitalización, explotación y valorización económica.

En segundo lugar, pero de modo simultáneo y coincidente, las costureras son asimismo trabajadoras mujeres en sus espacios domésticos y familiares que no logran legibilidad como tal o, de otro modo, son trabajadoras del cuidado que no perciben un salario como tal (lo suyos son "trabajos no económicos"). La fábrica y los talleres no son los únicos territorios que forjan y definen vínculos de parentesco y de apego, la fábrica ese espacio como substancia (a la vez material y relacional) que las produce como personas y subjetividades. Entre las casas y los talleres se produce un desplazamiento de territorios continuo y en ocasiones se produce un solapamiento de territorios. Como sucede, por ejemplo, con el remanente de ropa defectuosa, con hoyos o tajadas que los patronos obligaban a comprar (mecanismo punitivo ciertamente), que se tornaba en algunas ocasiones una oportunidad de "máquina doméstica" (PONIATOWSKA, 1992, p.153) o ingresos paralelos para algunas costureras. En ese sentido, tal como escenifica la "máquina doméstica", el borramiento de la tarea reproductiva se conecta directamente con la valorización en términos de capitalización productiva, "la reproducción es la condición trascendental de la producción", anota Gago (2019, p. 126). ¿Qué actividades son, entonces, consideradas productivas? En otros términos, la capitalización productiva opera sobre la base de trabajos que realizan actividades y mercancías a partir de condiciones marcadas como "no económicas".

En un caso se logra la inteligibilidad y reconocimiento de esa tarea laboral. Y en otro escenario, respecto al trabajo doméstico y de cuidados, no sólo se vuelve ilegible, sino que tampoco encuentra un pago remunerativo y no logra ser valorable en términos económicos. A propósito, reflexiona Lupe Conde, "Realmente nadie valora su vida tal cual es, sino que seguimos creyendo que el percibir un salario es suficiente lo que nos están pagando. Sin tener conciencia clara de que es nuestra vida la que estamos dejando ahí: nuestra juventud, nuestra fuerza, nuestra salud misma se va quedando y acumulando en las riquezas del patrón" (DE LARA, 1986, 35:08 - 35:31).

El trabajo de las costureras (en este doble registro coincidente en un mismo cuerpo) supone la producción de valor, de tareas productivas que sin embargo no cuentan como tal, que no reciben remuneración monetaria, sueldo o salario alguno. Lo que sí sucede es que esa tarea se retribuye emocionalmente o como apoyos morales, a través de una serie de rituales afectivos y acciones cargadas de emotividad como son el "amor" y la "devoción" que funcionan o que están destinados, finalmente, a paliar la falta de compensación económica real. Lo que tampoco debe conducirnos hacia el festejo acrítico de esa transacción, puesto que es parte de la misma mecánica hasta el punto extremo de la extorsión sentimental que reifica la división sexual del trabajo.

La actividad, o más bien, el conjunto de actividades que realizan carece de las marcas anímicas de satisfacción personal, legitimación, reconocimiento y prestigio social. ¿De qué modo se distribuye el reconocimiento, la satisfacción y el prestigio ligados al universo laboral? ¿Qué es aquello que entendemos por tiempo laboral y de trabajo? Y esta pregunta no

es inocente, sino que vuelve sobre aquellos mecanismos de distribución diferencial y asimétrica del reconocimiento sobre aquello que es considerado un trabajo, sus marcas y matrices de inteligibilidad cultural sobre los trabajos considerados como prestigiosos y valiosos y aquellos que no califican ni entran en la esfera perceptiva de lo laboral, remunerativo y productivo. Es así que todo ese conjunto de gestiones y administraciones de lo doméstico (orden del *domus*), esos saberes y conocimientos sobre la tarea de limpieza, aseo, cocina, organización de vajilla, muebles, etc. no califican dentro de los criterios epístémicos correspondientes y algo similar ocurre respecto del valor afectivo-sentimental que viene asociado a esa *expertise*, no hay honor, orgullo y honradez que sirvan como remuneración tangible.

La doble legibilidad-ilegibilidad del trabajo de las costureras se proyecta, a su vez, sobre los mecanismos de reconocimiento previos. Lo que es decir, si al trabajo obrero proletario le corresponde la forma del salario pago (como semiótica significante del trabajo reconocible), ¿de qué modo opera el trabajo de cuidados, cuerpo adentro en el orden doméstico respecto de la forma salarial remunerable? ¿De qué modo estas subjetividades explotadas por fuera del salario reconocido organizan la vida y organizan distintas estrategias vitales? ¿Es siquiera equiparable el reconocimiento de esta actividad como trabajadoras dentro del mercado de trabajo formal y dentro de un tipo de economía diferencial? ¿Es posible articular esta actividad reproductiva bajo una demanda y una disputa por la ampliación de derechos (laborales, sociales, culturales, sindicales)? ¿Entre una dimensión y otra, es politizable la vida cotidiana y el espacio de lo doméstico? En esta línea, conviene revisar la iniciativa que está en vistas de implementarse por La Administración Nacional de Seguridad Social (Anses) de Argentina: "el "Programa Integral de Reconocimiento de Períodos de Servicio por Tareas de Cuidado" reconoce a las tareas de cuidado y crianza como un trabajo y suma años de servicios previsionales por cantidad de hijos y licencias por maternidad de la persona gestante" (Cfr. RISSO, 2021, p. 2).

La causa de las costureras envuelve una dimensión reproductiva central, la politización del espacio privado y público (lo doméstico como esfera productiva e industrial y la fábrica como instancia de reproducción de lo cotidiano), por lo que la tarea de organizar la vida cotidiana está ya inscrita como dimensión productiva, asumiendo una indistinción práctica entre las categorías de la calle y del hogar para pensar el trabajo. Al respecto, conviene considerar la noción de "hogares estallados" y "hogares implosionados", según proponen desde el Colectivo Juguetes Perdidos (2019) como espacialidades liminares y de fronteras difuminadas y porosas, pero asimismo en constante delimitación.

Puesta en cuestión la distinción entre público y privado, la lectura del trabajo de las costureras desde un punto de vista de la *precariedad feminizada*, desde una subjetividad supuestamente "exterior" o "corrida", permite problematizar y disputar la noción misma de trabajo y las normas constrictivas de género, sus zonas y tareas, los regímenes y fronteras socioespaciales.

Su cuerpo dejarán y todas las variaciones

El terremoto es un episodio tan dramático como trágico que visibilizó las condiciones de explotación de las trabajadoras informales del sector textil. Así el mapa de la situación. Escribe Verónica Gerber Bicecchi (2015, p. 47) "Cuando un suceso es inexplicable se hace un hueco en alguna parte". Situarnos allí, en el escenario crítico del temblor y sus zonas de afectación, es afirmar el dolor, la pérdida y el duelo, cada despedida, cada llanto colectivo, nos pone en el abismo de pensar la muerte, pero también en situarnos con nuestra fragilidad y la de otrxs.

A partir del sismo y la causa de las costureras se anudan dos ejes coincidentes: de un lado, alrededor de la catástrofe del terremoto, se logra vislumbrar esa condición transversal de la *precariedad* como condición de vulnerabilidad social, exposición corporal que señala la muerte como fin inevitable del sujetx en tanto ser finitx, perecederx y contingente y en su dimensión temporal apunta a la imposibilidad de garantizar la permanencia corporal en el tiempo —en cualquier momento, de manera arbitraria, voluntaria o accidentalmente pueden eliminarnxs o eliminar el estado en que estamos. Y de otro lado, lo que se mide en torno a las costureras tiene que ver con la *precariedad feminizada*, precisamente, alrededor de los cuerpos generizados y sobre la distribución desigual y jerarquizante de aquello que se entiende por trabajo en una economía de mercado. La *precariedad feminizada* logra traer a la superficie un conjunto amplio e invisibilizado de tareas productivas y reproductivas de la vida que carecen de densidad específica. La causa de las costureras leídas a través del prisma de la *precariedad feminizada* constituye un campo de problemática sobre las dinámicas de acumulación del capital, la reapropiación de la riqueza socialmente producida y las marcaciones y regulaciones normativas de género asociadas al trabajo y en particular, al trabajo feminizado. Todo ese vasto conjunto de actividades del hogar, de mantenimiento y reproducción de la vida, de cuidado y dedicación, de un trabajo sobre lo anímico y lo afectivo que cae sobre los cuerpos generizados y feminizados, de producción y sostenimiento de las redes de parentesco, sobre esa zona vuelve la fórmula sintagma *precariedad feminizada* (DE MAURO RUCOVSKY, 2022).

El trabajo de las costureras está signado por procesos de neoliberalización de la vida, según hemos anotado bajo el sintagma conceptual de *precarización femenina*, pero además de las condiciones de subjetividad/subjetivación de las costureras que se ligan a la división sexual del trabajo. Además de esos *layers molares*, quisieramos insistir en otro punto. La producción de las costureras es recursiva, su tarea y actividades, aquello que realizan en cuanto ejercicio rutinario, la materia y mercancía producida está también atravesado por marcaciones de género: es la vestimenta, la ropa, las telas, el tejido, el telar y la costura como tecnologías de género precisas. Son esas capas de ropa e indumentaria las que, producidas por mujeres cis en talleres y fábricas, luego serán adquiridas (mayormente) por otras mujeres y posiciones feminizadas. El trabajo de los cuerpos feminizados y su actividad de tejido y costura, pero además son las tecnologías de género que hacen a la feminización de los cuerpos (la vestimenta) que tienden a coincidir en el trabajo de las costureras.

De nuevo la pregunta se repite, ¿es el trabajo, un modo de agenciamiento y empoderamiento desde la *precariedad feminizada*? En la causa de las costureras, la *precariedad feminizada* es una instancia de colectivización, la posibilidad de ser en común y de politización comunitaria que comparte un mismo espacio de tiempo. En su inmanencia, el derrumbe y el terremoto tienen algo de genético, de germen o de fermento, es decir, de engendramiento de estrategias capaces de extraer vitalidad de un medio árido, mortífero. En este sentido, la *precariedad feminizada* compartida centrada en la posibilidad de organizarse es eso que pasa en un espacio de tiempo común. La condición dual de trabajadoras del hogar y trabajadoras industriales supone aquí una condición de enunciación que tiende a la organización sindical, la forma tradicional de gremialización es reformulada desde adentro. Desde un punto de vista analítico, podemos decir que en su vida cotidiana las trabajadoras costureras comparten (en sentido de participar y reproducir a una parte) la riqueza colectiva que se genera en la ciudad de México pero que, sin embargo, han sido privadas mediante "procesos históricos de despojo" (María Inés Fernández ÁLVAREZ, 2018, p. 27), expropiación de bienes, recursos y derechos.

Hay un procedimiento común desde el momento en que se produce esta conjunción. La causa de las costureras y los días del terremoto se conjugan desde el momento en que volver a edificar y reconstruir a partir de los escombros de la ciudad es concomitante a un reordenamiento de los tiempos, de las gramáticas afectivas disponibles y usos de los cuerpos generizados (Jacques RANCIÈRE, 2014). Son los espacios sociales previamente asignados y del reconocimiento del trabajo de sostenimiento y reproducción de la vida, de las condiciones laborales de las trabajadoras feminizadas de la costura, es contenido y significado que depende de la consideración social de aquello que es el trabajo y que es lo laboral.

No hay negatividad del sismo o experiencia aporética a la que corresponde una posterior desposesión de saberes, una desvalorización de las redes que se constituyeron en aquel protagonismo colectivo (fig. surgimiento de la sociedad civil de MONSISVÁIS) y una reducción de las expectativas sociales hacia un horizonte de normalización. En este punto de intersección se vuelven indistinguibles los momentos de *Pars destruens* y *Pars construens* porque tienden a la coincidencia simultánea, lo que es decir, la parte destructiva y negativa (terremoto, catástrofe, destrucción parcial) se solapa con su momento de revisión constructivo, de hiato positivo y que se relaciona con procesos de composición en ciernes. Lo que es decir, la causa de las costureras, la organización sindical y la valorización consiguiente del trabajo textil femenino y del trabajo de cuidados doméstico como así también la gramática afectiva disponible en torno a la ira y la furia.

El sismo, afirma Lupe Conde (DE LARA, 1986, 34:51-35:05') "vino a sacudir las conciencias y vino a sacudirnos a nosotros y vino a abrirnos los ojos para valorar realmente lo que es el trabajo, lo que es un salario, lo que es la vida cotidiana". De este modo, se hace visible el proceso de apropiación/expropiación, de explotación y extracción del capital que sobrepasa la tradicional esfera de la producción. En esta clave, la causa de las costureras y la sindicalización de estas pone en curso un proceso de experimentación política que logra cuestionar las relaciones laborales, los tiempos y las condiciones del trabajo, la organización del espacio y la retribución, pero también las condiciones, jerarquías y lógicas de acumulación y de explotación que la industria-taller textil reproduce. "Sacudir las conciencias" se trata, pues, de una proclama que, al restituir su dimensión relacional, ilumina los vínculos de apropiación-expropiación, de producción de desigualdades y asimetrías que la idea fordista, masculinista y tradicional de trabajo tiende a solapar.

Política y reproducción, entre el umbral de precariedad que constituye el terremoto y la causa organizativa de las costureras se ubica un *intermezzi*, una reactivación por etapas, por índices problemáticos antes que imágenes unificadas y teoremas cristalizados. El problema de la genealogía cultural, de hacer vínculos imprevistos con la historiografía solidificada y las memorias de los activismos feministas, ese problema es el del relevo y no el problema arquitectónico del modelo o del monumento: ¿qué ha quedado de las costureras, cuáles son las memorias, sedimentos y legados posibles? ¿Qué ha sido de esa causa, de ese campo de politización sobre la esfera de la reproducción? ¿Qué ocurre cuando es el terremoto (un

acontecimiento tecnonatural) el que marca el pulso de un ordenamiento de lo temporal, nuevas maneras de organizar el tiempo a partir de la fragilidad y la vulnerabilidad corporal? Ante la catástrofe, lo que se produce es una desorganización de nuestros saberes. Una línea que se curva y se quiebra contradiciendo el orden espacial y temporal a la vez. Los cimientos de la ciudad de México caen, las ondas vibratorias se agitan, las certezas se derrumban al tiempo que emerge un sentimiento de incertidumbre, el temor ante los movimientos imprevisibles de la tierra (¿acaso es posible una memoria de la precariedad?). La catástrofe derriba cualquier proyección a futuro, no hay línea de tiempo y vuelta a la normalidad, no en lo inmediato. La tarea de pensar la disruptión, las zonas del *impasse* y el *umbral de precariedad* y habitar lo discontinuo supone no claudicar ante la relación de normalización, la regularidad gobernada y las restauraciones posteriores.

Y al igual que la relectura genealógica, no es una tarea de recuperación ni tampoco de homenajear (sino una huella, acaso la evidencia de la omisión), la causa de las costureras no es algo a imitar, sino más bien un tiempo no del todo definido del acontecimiento y las velocidades (tiempo no pulsado). Esta zona procesual, que adolece de su fugacidad episódica (la contingencia de la experimentación política de las costureras, la forma sindical y la gramática afectiva en juego), se ejerce a partir de un desmoronamiento central, desarrollándose periféricamente en medio de un drama nacional, en función de singularidades no universalizables. ¿Podemos rastrear en las voces gastadas y en los restos de las luchas perdidas, alianzas, índices o signos que puedan repensar el presente? Los problemas trucos del pasado que tienden a permutter se trata de un ejercicio genealógico y una historiografía oblicua que ya no va de un punto a otro (cronología lineal y concéntrica), sino que será recogido en las variaciones y desvíos que estos legados y herencias producen.

Referencias

- BUTLER, Judith. *Frames of war: when is life grievable?* New York: Verso, 2009.
- BUTLER, Judith. *Notes toward a Performative Theory of Assembly*. London New York: Harvard University Press, 2015.
- CHAKRABARTY, Dipesh. "Clima e historia. Cuatro tesis". *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, n. 31, p. 51-69, 2009.
- DE LARA, María del Carmen. *No les pedimos un viaje a la luna*. Documental. Guión: María de Carmen De Lara & María Eugenia Tames. Duración: 58 min. Productora María del Carmen Lara. Productor: María Eugenia Tames, 1986.
- DE MAURO RUCOVSKY, Martín. "Esos raros peinados nuevos: Punks mexicanos, vidas ociosas y precariedad feminizada". *Catedral Tomada*, p. 61-75, 2022.
- DENNING, Michael. "La vida sin salario". *New Left Review*, n. 66, p.77-94, 2011.
- EME VÁZQUEZ, Alejandra. *Su cuerpo dejarán*. México: El periódico de las señoritas, Kaja Negra & Enjambre literario, 2019.
- ESTUPIÑÁN, Mary Luz. "Las hebras de Penélope en las Américas. Materiales para un collage". *Revista Chilena de literatura*, n. 107, 2022.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, María Inés. "Más allá de la precariedad: prácticas colectivas y subjetividades políticas desde la economía popular argentina". *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, n. 62, p. 21-38, septiembre 2018.
- GAGO, Verónica. *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo*. Madrid: Traficante de sueños, 2019.
- GERBER BICECCI, Verónica. *Conjunto Vacío*. México: Almadía, 2015.
- KAPLAN, Carla; HALEY, Sarah; MITRA, Durban. "Introduction Outraged/Enraged: The Rage". *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 46, n. 4, 2021.
- LAMAS, Marta. "El Movimiento de las Costureras". *Revista Fem.*, v. 10, n. 45, abr-may, p. 4-11, 1986.
- LEMUS, Rafael. *Breve historia de nuestro neoliberalismo. Poder y cultura en México*. México: Debate, 2021.

- LORDE, Audre. "The Uses of Anger: Women Responding to Racism". *Sister Outsider: Essays and Speeches*. EUA: The crossing press, 1984.
- MONSIVÁIS, Carlos. "No sin nosotros". *Los días del terremoto 1985-2005*. México: Era, 2005.
- PONIATOWSKA, Elena. *Nada, nadie. Las voces del temblor*. México: Era, 1992.
- RANCIÈRE, Jacques. *El reparto de lo sensible. Estética y política*. Buenos Aires: Prometeo, 2014.
- RISSO, Natalí. "Tareas de cuidado, trabajo sin pago pero con derechos". Página 12, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Economía, 28 de mayo de 2021. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/344395-tareas-de-cuidado-trabajo-sin-pago-pero-con-derechos>. Consultado el 18/11/2022.
- SZTULWARK, Diego. *La ofensiva sensible. Neoliberalismo, populismo y el reverso de lo político*. Buenos Aires: Caja Negra, 2019.
- TUÑÓN, Esperanza. *Mujeres en escena: de la tramoya al protagonismo (1982-1994)*. México: PUEG, 1997.

Martin De Mauro Rucovsky (Córdoba, 1984). Es licenciado, profesor y doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Ha publicado "Cuerpos en escena. Materialidad y cuerpo sexuado en Judith Butler y Paul B. Preciado (Madrid-Barcelona:Egales, 2016), "Metafísicas sexuales. Canibalismo y devoración de Paul B. Preciado en América Latina" en conjunto con Bryan Axt (PUCR, Brasil) [Egales 2021], también "Metafísicas sexuais Canibalismo e devoração de Paul B. Preciado na América Latina" (San Salvador de Bahía: Devires Editora), "Cuerpos prescindibles. Aportes para una crítica de la razón feminicida: epistemologías críticas y movimientos sociales desde América Latina" en conjunto con Quetzali Bautista Moreno & Abel Lozano Hernández del CAS-BUAP, México (Córdoba: Editorial UNC, 2022) y "Bios precario. Cultura y precariedad en Latinoamérica" (Madrid: Oveja Roja & Kamchatka, 2023). Fué miembro de la Red Latinoamericana de Estudios Interdisciplinarios de Género (CIEG-Universidad de Yale-UNAM) en cuyo seno co-coordinó el Grupo de Trabajo en Artes y Humanidades. En 2021 fue becario posdoctoral del Centro de Investigaciones y Estudios de Género (CIEG) de la UNAM, México. Actualmente es Investigador Asistente del CONICET, Argentina. Áreas de trabajo: Precariedad, Biopolítica, estudios culturales y latinoamericanos, teoría Queer-cuir, estudios animales y estudios Trans. Academia Id: <https://cordoba.academia.edu/MartinDeMauro>; Research Gate: https://www.researchgate.net/profile/Martin_De_Mauro_Rucovsky; Google Académico: <https://scholar.google.com/citations?user=9SENVDAAAAJ&hl=es>.



COMO CITAR ESTE ARTÍCULO, DE ACUERDO CON LAS NORMAS DE LA REVISTA

DE MAURO RUCOVSKY, Martín. Hallarás el hilo que lentamente se ha tramado. *Revista Estudios Feministas*, Florianópolis, v. 33, n. 1, e92777, 2025.

CONTRIBUCIÓN DE AUTORÍA

No se aplica.

FINANCIACIÓN

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - CONICET.

CONSENTIMIENTO DE USO DE IMAGEN

No se aplica.

APROBACIÓN DE COMITÉ DE ÉTICA EN INVESTIGACIÓN

No se aplica..

CONFLICTO DE INTERESES

No se aplica.

LICENCIA DE USO

Este artículo tiene la licencia Creative Commons License CC-BY 4.0 International. Con esta licencia puedes compartir, adaptar, crear para cualquier finalidad, siempre y cuando cedas la autoría de la obra.

HISTORIAL

Recibido el 06/02/2023

Presentado nuevamente el 10/09/2024

Aprobado el 10/10/2024
